



## Verdad

Dice san Agustín que cuando lleguemos a la patria en el cielo toda nuestra actividad será pronunciar dos palabras: “Amén” y “Aleluya”. Y esto no será aburrido, porque el Amén surgirá al contemplar a Dios, viendo en Él a todas las cosas, y significará: “¡es verdad!” Es decir, contemplaremos la verdad de Dios, dejaremos las sombras engañosas de este mundo, y esa verdad, al ser la verdad de su amor por nosotros, nos moverá a alabarle, diciendo: ¡Aleluya!, que se refiere al canto.

El tiempo de Pascua es tiempo de la verdad, la verdad plena de Dios, del hombre y del mundo, que contemplamos en la gloria del Resucitado. Ante Él anticipamos ya nuestro “¡Amén!” y nuestro “¡Aleluya!”.

Esta epidemia de coronavirus puede hacernos reflexionar sobre la verdad. El estudio de lo que es un virus y de cómo actúa, puede servirnos de imagen para entender qué es la verdad. Muchos opinan que el virus no es un ser vivo, pues no puede propulsarse a sí mismo, no tiene metabolismo por el cual asimila la materia que le rodea, ni tampoco puede reproducirse. Se trataría, entonces, de una información genética falsa que puede engañar a los seres vivos, usándolos para reproducirse. Es decir, sería mera información, pero sin vida. Mientras que en cada célula viva la información genética está siempre encarnada, es información viviente, y esto es la verdad.

De esta forma nos acercamos al concepto bíblico de verdad. Recordamos cómo san Juan dice que en la palabra estaba la vida, y luego que la vida era luz. Verdad como palabra y como luz aparecen vinculadas a la vida, es decir, son una verdad viviente. La verdad, aquí, no es solo una información que está fuera de nosotros, que no tiene nada que ver con nuestro mundo y vivencia interior, y que podríamos por tanto concebir como una verdad opresora, que nos limita. La verdad, por el contrario, es como el orden de la célula, un orden viviente, que permite al ser vivo la comunión con lo que le rodea. Conocer la verdad se puede comparar a comer los alimentos o, como sucede en la Escritura, a la unión sexual donde se transmite la vida. En el libro del Génesis se llama, en efecto, a la unión de Adán y Eva, “conocer”.

Sin verdad, por tanto, no hay vida. Quien critica la verdad como ajena a la vida, es porque considera a todos los organismos como virus, no entiende la diferencia del ser vivo con la cadena de información genética del virus, una información desnuda. Quien conoce la diferencia entre la célula y la vida puede tener una visión mucho más rica de la verdad. Puede ver la verdad como necesario para salir del propio aislamiento y para entrar en el mundo común, despertando de las ensoñaciones. La verdad ya no es algo opresor, que se opone a mi verdad íntima, sino un camino común, como decía Machado: “¿Tu verdad? No. La verdad. Y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela”. Y también: “En mi soledad he visto cosas muy claras, que no son verdad”.

En la Biblia, además, la verdad tiene que ver con el tiempo. Verdad es sinónimo de fidelidad a una alianza. De nuevo podemos comparar al virus con la célula, porque el primero está continuamente mutando, mientras que el código genético del ser vivo se mantiene fijo. La verdad es así tremendamente vital. La verdad es lo que importa a los esposos que se preguntan si su amor puede durar para siempre. Es lo que importa a los padres que se preguntan si podrán abrir un camino a sus hijos en la vida. Dios es verdadero, porque es fiel, y porque nos hace fieles.

Entendemos que Jesús haya dicho: “Yo soy la verdad”. La verdad es el relato de su vida, de principio a fin. Y esa verdad se ve desde su plenitud, en el resucitado. Nuestra verdad es vivir en Él, vivir desde Él y como Él. Por eso la Iglesia es columna y fundamento de la verdad, porque en la Iglesia se puede vivir así. Pilato preguntó a Jesús: ¿qué es la verdad? Los latinistas descubrieron un juego de letras: en latín, la frase “qué es la verdad” (*quid est veritas*) tiene idénticas letras que la frase “es el hombre que está presente” (*est vir qui adest*). Que este tiempo de pandemia nos conceda amar la verdad, ante la dictadura del relativismo, que es una dictadura que ya no distingue al ser vivo del virus. Solo de este modo podremos alegrarnos al decir “Amén” (¡es verdad!) y cantaremos: ¡Aleluya!